

Envidia de la soberbia, de la avaricia, de la ira, de la gula, de la lujuria y de la pereza

No, no está equivocado el título, así es: envidia de la soberbia, de la avaricia, de la ira, de la gula, de la lujuria y de la pereza. Si me dicen que es malo o muy largo les tengo que dar la razón pero es el único que se me ocurrió. Claro, también pude poner envidia de los pecados capitales, pero ni modo de tener envidia de la envidia que está incluido en ellos. Así lo dejo, total, nadie lo va a leer y menos a publicar. Bueno sería.

Ahora a justificarlo. Estoy diciendo que tengo envidia, ese vicio tan feo. Pues sí, soy envidioso desde niño. Siempre envidié a mis hermanos, a mis primos, a mis compañeros de primaria, de secundaria, de prepa, de carrera y para qué sigo. He envidiado a medio mundo. Si me preguntan el por qué ni yo mismo lo sé. Si a mí me faltaran cosas tendría alguna razón de ser, pero no, tengo todo, soy muy bien parecido, fuerte, rico, inteligente, mi bella esposa me idolatra lo mismo que mis bellos hijos, tengo una hermosa casa, estoy sano. ¿Qué más puedo pedir? Pues pido todo. Quiero las flores que crecen en el jardín de mi vecino, los aplausos que se le tributan a López Tarso, la facilidad de pintar de Diego Rivera, el éxito de las telenovelas de Marissa Garrido, el poder enorme de un Stalin o de Gandhi, las riquezas de Slim y para qué continuar. Todo lo deseo. Pero lo que más deseo y que me causa la mayor envidia son las personas que tienen un fuerte vicio. No el de la envidia pues ese es mío y sí es muy poderoso, tan poderoso que me distrae de mi trabajo, de mis relaciones sociales, de mi familia. Vaya a donde vaya tengo motivos más que suficientes para envidiar algo y con ello ya me desgracié la noche, o la tarde o la mañana, o el paseo, o el viaje o lo que sea. Cuando vi una película de Tom Cruise, por

ejemplo, me di cuenta de que él es mejor parecido que yo y que las mujeres lo prefieren. En lugar de interesarme en la trama de la película me puse a pensar como podría desfigurar a ese hombre, como le podría arrojar ácido a su cara, o darle un navajazo como el que tenía Agustín Lara. Matarlo no, eso no me interesa. Pero lograr que sea una persona fea, repulsiva, sí. Y el filme continuó a pesar mío. Al saber que no lo podía desfigurar entonces me dediqué a insultarlo mentalmente, a decirle que puede ser que sea bonito pero que no me llega ni a los talones en inteligencia y en conocimientos. ¡Pinche naco gringo! Pues eso es, un naco. Al terminar y salir del cine todavía tuve que escuchar el comentario de mi mujer: “Qué hombre tan guapo es Tom ¿verdad? Y yo a tragar camote y contestar que sí, aunque si te fijaste bien pienso que está muy operado de la cara.

Volvamos a los vicios. Daría mil veces mi vicio de la envidia por cualquiera de los otros. Y no crean que no he tratado de hacerlo. Pero no se puede. Quise ser lujurioso y nada. Un día decidí tener relaciones con tres mujeres distintas y tener al menos tres contactos con cada una. No pude ni con la primera. Si me acostaba todo el día para ser perezoso terminaba con dolor de cuerpo y una aburrición total. Una semana me dediqué a comer y terminé en el hospital. Peor me fue con la ira. En la calle me tropecé con un tipo, lo reté a darnos de golpes. Terminé en el suelo pateado. Sólo faltó que se miara encima de mí. Quise ser avaro y a las primeras de cambio mi mujer me amenazó con el divorcio diciendo que lo que le daba no alcanzaba para nada. Por la soberbia casi pierdo mi puesto en el gobierno. Me presenté ante el mero mero y le dije a las primeras de cambio que yo era muy superior a él, que tenía que seguir mis consejos si quería que todo funcionara bien. Se rió y me dijo que era un buen chiste pero que si se lo hubiera dicho en serio ya estaría de patitas en la calle.

Híjole, si de veras pudiera tener los otros vicios sería el hombre más feliz del mundo. Qué envidia le tengo a Don Juan que se acostó con todas

las mujeres del mundo, incluyendo a monjas. Envidio a Adolfo Hitler que demostró al mundo, por lo menos durante algunos años, que él era el mejor, el superior y que los que se le parecían un poco, los alemanes, eran superiores a todas las otras razas. Envidio a los bárbaros que con su ira conquistaban países y mujeres. Envidio a todos los que se pueden pasar echados en la playa días y días sin hacer nada, sin preocuparles nada, en la pereza total. Envidio a los que han hecho fortunas acumulando oro y joyas. Todos ellos disfrutaban de su vicio. Yo lo sufro. Sufro por ser envidioso y lo peor es que sé que seguiré con este dolor hasta que muera porque los vicios jamás desaparecen.

Por último les diré que los envidio a ustedes por tener la facultad de disfrutar este cuento que les acabo de leer y que a mí tantas lágrimas me costó.

Tomás Urtusástegui

Abril 2006